

sino al lector que es atraído a través de significantes tipográficos. Una escritura que privilegia la sílaba "ven" de varias palabras, el adjetivo toda y el sustantivo paz, diseminados en el discurso, apela y seduce al lector comprometiéndolo en la tarea ya asumida antes por el yo productor del enunciado.

La segunda persona a la que va dirigido ese ven, más petición que orden, se desdobra en un tú de cabellos blancos que le habla a los hombres

("de la bondad de todos"⁵) ("Y el sargento sacó de un bolsillo el chocolate") y en un tú, lector ideal, perfectamente (in)temporal, con el cual realizar el deseo no cumplido aún.

No obstante, y aunque incorpora la historia en forma evidente, el valor y la función de esta poesía es fundamentalmente de carácter estético y filosófico. Ella proviene más de la reflexión profunda, la angustia existencial y la belleza creada (zona del espíritu) que de la intuición, el dolor y la violencia (zona del cuerpo). Entonces comprendemos por qué puede resultarnos difícil, por qué nos parece lejana, que no ajena, esta delicada, intelectual y, a veces, cerebral poesía. Es que en este lado de acá, en este espacio llagado, estamos en un tiempo diferente, más atentos a otra forma de palabra poética. Contra nosotros, los martirios del cuerpo obstaculizan las reflexiones de la mente y nos hacen repetir a diario la pregunta nerudiana del año 37:

"¿Y dónde están las lilas?
y la metafísica cubierta de amapolas?
y la lluvia que a menudo golpeaba
sus palabras llenándolas
de agujeros y pájaros?"

Os voy a contar lo que me pasa"

No se puede entonces dar un largo y hermoso rodeo para llegar a las cosas reales. En el lado de acá, la lucha por la vida exige pasar de inmediato "los tópicos por la criba".

MARIA NIEVES ALONSO

<https://doi.org/10.29393/At450-25CVIV10025>

CHACABUCO Y VERGARA. SINO Y CAMINO DEL TENIENTE GENERAL
RAFAEL MAROTO ISERN

De *Manuel Torres Marín*

Santiago, Editorial Andrés Bello, 1981. 483 págs.

Don Manuel Torres Marín ha residido la mayor parte de su existencia lejos de Chile y de su Serena natal. Quizás por esta causa, pueda apreciar con mayor perspectiva nuestro devenir histórico. Con adecuada metodología, desacostumbrada precisión y uso del lenguaje, y una gran objetividad, producto del dominio de las fuentes, centra en la

discutida figura del Conde de Casa Maroto un estudio de su época, en lo que otrora fueran extremos del Imperio Español; la propia Península Ibérica —con intermedios en el Virreinato del Perú— y el Reino de Chile, última Tule del “territorio antártico famoso”. De aquí el por qué del título de este libro, ejemplar en su género, que entre dos topónimos flanquea la trayectoria del Comandante en Jefe español en la batalla de Chacabuco, más tarde Teniente General del Ejército Carlista, copartícipe con el General Don Baldomero Espartero, Duque de la Victoria, en el famoso abrazo y tratado de Vergara, que significó la pacificación en aquella cruenta guerra civil española (31.8.1839). Además, con el afán de situar al personaje central de esta obra en el ambiente en el cual se desenvolvió, el señor Torres aporta numerosos datos genealógicos no sólo de la propia familia del General Maroto, sino de la de su alianza matrimonial y de su descendencia, así como desconocidos datos de sus relaciones sociales, efectivas o posibles, con personas de su tiempo en los distintos escenarios en los que le cupo actuar.

El autor, después del prólogo, en que explica las razones que tuvo para escribir esta obra, continúa con un *Proemio semántico*, que tiene mucha enjundia y que valientemente pone las cosas en su lugar, enmendando la plana “a esquemas simplistas de los historiadores del siglo pasado”. Oigámoslo:

“El término de *realista*, para nombrar a los que —españoles y americanos— se oponían a la desintegración continental, no es muy exacto pero puede pasar provisionalmente en atención a que señala un mínimo común denominador. También se les llamó, y a veces se llamaron a sí mismos, españoles, vocablo muy poco acertado, pues parece atribuir a los elementos peninsulares una preponderancia que no tuvieron en aquella lucha; la cual fue, ante todo, una guerra civil americana. Si se usa, hay que entenderlo en el concepto que entrañaba entonces, vivo aún el sentir del imperio hispanoamericano; tal como en la siguiente frase: “Aquel puñado de españoles, en su gran mayoría peruanos, esperaron al enemigo con una serenidad, una firmeza y una confianza verdaderamente imponentes” (García Camba, Memorias, t. II, p. 48) (p. 9).

“En cuanto al término de patriotas, para nombrar a los que —americanos, españoles y extranjeros— luchaban por la independencia, ha de decirse que es, en primer lugar, impreciso, pues en ninguna parte se ha definido nunca su alcance. Su aplicación resulta, por ende, muy caprichosa”. Más adelante continúa:

“La masa popular de Chile —que aún no alcanzaba mucha comprensión de sí misma, y a quien nadie, por cierto, pensó en consultar— entregó su recia capacidad militar, forjada y acendrada en la secular guerra de Arauco, a ambos bandos por igual; de modo que las etiquetas no le cuadran. Y el calificativo de *patriotas* no se ve por dónde se puede aplicar a los mercenarios extranjeros, sobre todo ingleses, que acudieron a la convulsión como moscas a la miel que se derrama” (p. 10).

Del culto a las abstracciones “a expensas de las realidades sociales e incluso de la vida humana”, impuesto por la revolución francesa, se desprende la connotación ideológica del adjetivo “patriota”, es decir, de aquel que identifica a su patria con una determinada ideología. Por tal causa, el autor expresa: “Me abstengo de utilizar el adjetivo *patriota* como designación de uno de los bandos beligerantes en la guerra de la Independencia”, lo que debe regocijar a los revisionistas de la historia.

Muy ilustrativas son, entre otros, los datos relativos a la carrera militar y a la composición de los ejércitos de las postrimerías del siglo XVIII y albores del XIX, y el seguimiento que pueda hacerse en el curso de la obra del Regimiento de Talavera, creado en 1813 para servir precisamente en América y que comandó Maroto como su coronel, desde el 16 de agosto de 1813. Este oficial estaba fogueado en la guerra contra Napoleón; en ella ganó un escudo de distinción con el lema "Recompensa del valor y patriotismo" y la condición de Benemérito de la Patria, en grado heroico y eminente, por su defensa de Zaragoza según reza su hoja de servicios, que se incluye en el Apéndice.

Durante la escisión del mundo hispánico, el autor expresa que "los americanos se hicieron en fin independientes, no porque España gobernara en exceso, sino porque cada vez gobernaba menos". Si bien la independencia era previsible, no lo era la guerra civil que le dio origen.

Capítulo especial se dedica a Rancagua, donde se advierten aspectos del carácter de Maroto: orgullo, valentía, apoyo a las ordenanzas, carácter sin doblez, exigencia para con sus tropas con desprecio de la vida.

Después de la reconquista del reino, Maroto se vinculó con la tierra chilena mediante su matrimonio con la quinceañera joven dama criolla Doña Antonia Cortés y García de Isla Madariaga y Aristegui, vinculada a distinguidas familias del país como las casas de los Marqueses de Piedra Blanca de Huana, y los de Cañada Hermosa, y la que poseía, además de sangre de conquistadores, una dosis elevada de sangre vasco-navarra, característica de la clase dirigente santiaguina en las postrimerías del antiguo régimen. Este matrimonio de guerra tuvo su luna de miel a bordo de un barco testado de soldados, chilenos en su mayoría, que zarpó desde Valparaíso rumbo a Arica, para continuar con su marido a la campaña del Alto Perú. Desde allí regresó a Chile para tener la adversa suerte de comandar en Jefe las tropas realistas en Chacabuco, que fueron vencidas por el Ejército de los Andes, evento sobre el cual el autor hace novedosas y válidas observaciones. Seguidamente, relata el éxodo de los leales al Rey hacia Valparaíso y desde allí a Callao y Talcahuano.

En seguida, la trayectoria de Maroto como Presidente de Charcas nos muestra las luchas internas de los militares españoles que se dividían entre absolutistas y liberales, algunos de estos últimos pertenecientes a la masonería y a través de ella con nexos con sus cofrades enemigos del bando independentista. Semejante lucha se dio por igual en España, generando en su base la primera guerra carlista.

Digno de ser destacado es el interés que el autor dedica a aclarar la actuación decisiva del General Don Pedro Antonio de Olañeta —muy malquisto con Maroto— en la última fase de la guerra de la independencia del Perú y de América, puesto que al rebelarse contra el Virrey La Serna, dividió las fuerzas realistas y lo privó de la mitad del ejército que debió combatir en Ayacucho, lo que inclinó la balanza a favor de los insurgentes (capítulos 18 al 22).

Cuando sucumbió el Virreinato del Perú, Maroto se trasladó a España, viéndose luego mezclado en las luchas interiores que desangraron la Península. Así, pues, sin mayores motivos viose envuelto en un proceso como conjurado, por lo que se le condenó a muerte en primera instancia y luego se le conmutó la pena por extrañamiento, todo ello

coincidente con el deceso de Fernando VII. Por su precaria situación, por la inquina con que se le persiguió por los liberales más que por convencimiento acrisolado, se inclinó definitivamente al partido de Don Carlos, el Infante pretendiente al Trono de su hermano difunto, que no reconocía los derechos de su sobrina Isabel II, a quien apoyaban los liberales.

Desde entonces, Maroto juega un papel cada vez más destacado en el Cuartel General de Don Carlos V, y muerto Zumalacarregui, en la reorganización del ejército y en la defensa de los territorios del norte español ocupados por los carlistas.

Pese a su valía militar gozó la antipatía de influyentes cortesanos de Don Carlos, más entendidos en las oraciones que en las cosas de la guerra. Su situación inconfortable viose aumentada con los fusilamientos de Estella, en que eliminó —interpretando subjetivamente los deseos de su rey— a los generales García, Guergué, Sanz y Carmona, y a otros personajes, que eran sus mortales enemigos. Sin embargo, Maroto contó siempre con la adhesión de los soldados.

Si uno se adentra con el autor en la documentación de la época, concluye que el desenlace de la guerra se obtuvo por cansancio, y si los bien intencionados pensaron que con el Convenio de Vergara reinaría una paz perpetua, se equivocaron, porque con cordura o traición, como algunos definen la actitud de Maroto, el abrazo famoso sólo significó la apertura de un paréntesis en una contienda, no ya entre intereses opuestos, sino de ideologías contrarias, que con las transformaciones que el tiempo impone están aún latentes en nuestra querida tierra española.

Después del 31. 08. 1839 hecha la paz, Maroto —vilipendiado por los unos y nada de alabado por los otros—, piensa en el lejano país donde una vez, también fuera vencido no sólo en Chacabuco, sino rendido al amor de Doña Antonia Cortés. Pone, entonces, acompañado por sus hijos, el océano por medio, ese mismo mar donde trágicamente perdiera a su esposa y a dos hijas, y retorna a Chile, donde no sólo encuentra parientes políticos sino comprensión y amistad. En el retiro de su hacienda de Concón pasó sus últimos años, pero aún entonces el fantasma de su actuación en Vergara no lo deja; patética es la escena del fraile español que en una capillita de Concón lo increpa sin asomo de cristiana caridad: “¡Yo no le digo misa a un traidor!”.

El veinticinco de agosto de mil ochocientos cincuenta y tres, al filo de los setenta años de edad, dejó este mundo que caminó empuñando la espada casi toda su existencia, el Conde de Casa Maroto, Vizconde de Elgueta, Teniente General de los ejércitos españoles.

Gracias a este libro se puede clarificar su ruta terrena, en los escenarios tan bien expuestos por el autor, con admirable acopio de documentación (véanse por ejemplo los apéndices: Maroto y la Masonería y Maroto en la literatura), en el cual actuaron tantas personas de grande o ningún relieve, entrelazando su existencia y dando curso a la Historia.

ISIDORO VASQUEZ DE ACUÑA